CERVANTES EN EL *QUIJOTE*

Rafael del Moral

Madrid, España

No tiene mucho de innovador, al menos aparentemente, escarbar en la presencia del autor en *El Quijote*. La bibliografía de José Simón Díaz, ese especialista en la recopilación de datos, ya recogía en 1970 más de tres mil seiscientas publicaciones referidas a Cervantes y su obra. Treinta y cinco años después se han multiplicado. Añadir algo nuevo es tan embarazoso y peliagudo como paradójicamente fácil. Son tantas y tan variadas las lecturas que ofrece *El Quijote* como personas nos acercamos al texto. La efemérides de este año y la convocatoria en esta ciudad parecen acentuar la exigencia. Y no está mal que lo hagamos si conseguimos seguir hablando de Cervantes después de la intoxicación, del empacho, de la saturación que este cuarto centenario nos puede proporcionar... Si el año que viene seguimos, si salimos de ésta, será un milagro más de san Cervantes, que es como llaman al escritor en Alcalá de Henares cuando celebran su festividad.

Hace unos días aparecía en la prensa una ingeniosa pincelada humorística. Un honorable señor de clase media llegaba a casa y le decía a su mujer mientras colgaba la chaqueta: "Cruzando el descampado (que es donde en España suceden los atracos), he estado a punto de recibir una conferencia sobre el *Quijote*." Y le preguntaba la mujer: "¿Eran muchos?". Y decía el afectado: "Un académico y dos filólogos". Y concluía ella: "¡Virgen Santa!" Pues, ¡Virgen Santa!, hablemos una vez más de Cervantes y de un matiz que, trillada y desmenuzada su obra y su vida, pocas veces se atreven a desarrollar quienes lo estudian porque pertenece más a la ficción que a la investigación rigurosa. Y son tantos los críticos inflexibles que me permito alejarme de ellos para instalarme en la elucubración verosímil, en la ficción justificada.

Cervantes lleva a su obra, sin molestar a nadie, actitudes tan inelegantes como la vanidad, el orgullo, el egoísmo, la soberbia o la envidia, y también defiende, sin vulgaridad, principios tan afectados como la ternura, la generosidad, la amistad o la paz, además de la entrega amorosa, los pilares para la convivencia o el ideal estético. La vida de Cervantes, aún edulcorada por sus biógrafos, no es ejemplar ni edificante. Quien escribe *El Quijote* es un hombre cuya intimidad se nos escapa de forma irremediable. No sabemos nada, o casi nada, de los años de infancia y adolescencia, salvo las ciudades que frecuenta. Perdemos su pista para encontrarlo de repente en Italia al servicio del joven Acquaviva, o en Madrid después de sus comisiones andaluzas.

ACTAS XL (AEPE). Rafael DEL MORAL. Cervantes en el «Quijote»
Centro Virtual Cervantes

Ignoramos todo sobre las razones profundas de la mayoría de sus decisiones: ¿Por qué huye a Italia? ¿Por qué se alista en las galeras de don Juan de Austria? ¿Por qué se casa con una joven veinte años menor que él? ¿Por qué abandona el domicilio conyugal tres años después? ¿Qué motivaciones lo impulsan a publicar *La Galatea* a la edad de 38 años? ¿Por qué un vacío de veinte años sin publicación? Y añadamos la que más nos interesa: ¿Quién es Cervantes cuando repentinamente, con la tardía edad de 57 años para un escritor de tan breve andadura publica el mejor libro de los tiempos? ¿Escribe, a juicio de quienes lo conocen, un recaudador de impuestos jubilado, un desempleado que no se esfuerza por procurase unos ingresos estables, un holgazán parásito de sus hermanas? ¿O es un excombatiente malogrado? ¿Fue sencillamente un buscavidas como su padre, o un errabundo como su abuelo? ¿Y cómo explicar sus amores con Ana Franca? ¿Y qué decir de la hija del genio de las letras, Isabel Saavedra, que no pudo leer la obra de su padre porque fue analfabeta? ¿Y habría que explicar siempre a su favor los repetidos encarcelamientos, sus humillaciones ante los poderosos y las desavenencias con sus iguales...? ¿Cómo pudo personaje tan gris llevar a su libro principios tan juiciosamente coloreados y a la vez tan universales?

Indagaremos sobre lo que se conoce, y añadiremos, insinuantes, lo que se ignora, en un intento por dibujar con todos los tonos, aunque sin certeza probada, el perfil, el sesgo, los rasgos y los gestos del escritor. Para ello un principio universal, el de que toda biografía es un libro de ficción. En la biografía el autor emborrona las miserias y engalana los éxitos. Toda novela, sin embargo, es un libro autobiográfico porque el autor labra, imprime, esculpe, acaricia y diluye logros y miserias a un tiempo, distribuye sin remordimientos todo aquello que quiere desnudar de su vida sin que se note. Y esa información es abundante y variopinta, aunque se muestre con la astucia de un pintor o con la fineza de un poeta o con la elegancia de un arquitecto. Los textos de *El Quijote* nos desvelan generosamente una multitud de ideas insospechadas sobre su autor. El personaje que buscamos no se reduce al individuo que conocieron sus allegados, ni a la sucesión de mitos, buscamos el perfil perdido, esa personalidad que despierta y reaviva en nosotros el placer de conocerlo como conocemos al mejor de nuestros amigos.

Astrana Marín, Jean Canavaggio, Andrés Trapiello y muchos más, han ahondado en la biografía del escritor. Han rellenado su personalidad con sesgados y obtusos datos de su vida obligados a suplir las carencias a veces con textos de sus obras, a veces con algo de imaginación. Pero el perfil queda, a pesar de los esfuerzos, incompleto, fragmentado, salpicado de lagunas. Por eso, y aún aventurando un retrato sin duda polémico, porque cada lector desarrolla la propia estética del autor, nos aventuraremos a decir que si Miguel de Cervantes viviera entre nosotros, no reconoceríamos al escritor. De esa misma manera, son sus contemporáneos los únicos que conocieron al autor sin saber que él era Cervantes... ¿Qué vecino de Miguel el recaudador podría aventurar que aquel hombre de estirpe dudosa, de pasado confuso, de actitudes punibles, de continuo errar, que visitó la cárcel incluso después del éxito,

ACTAS XL (AEPE). Rafael DEL MORAL. Cervantes en el «Quijote»
Centro Virtual Cervantes

iba a ser el gran escritor? El propio Cervantes, en definitiva, no fue consciente del verdadero tamaño de su logro y, muy probablemente, se fue sin saberlo. El desvalido escritor se quedaría estupefacto, boquiabierto, espantado, asustado y extrañamente orgulloso si contemplara la cantidad de actos, homenajes, lecturas, publicaciones, comentarios, elogios, estanterías, ediciones, versiones, traducciones, dibujos, camisetas, esculturas y mil cosas más construidas en su honor. Y en todas ellas no queda hueco ni para un alfiler de críticas. Todos, de manera unánime, aceptamos su comportamiento, sus actitudes y especialmente sus textos, salvo alguna opinión aislada y neutra en boca de quienes lo han leído poco o casi nada.

La vida del niño Miguel, del soldado, del desdichado Cervantes y del tullido escritor no escapa en ningún momento a la polémica, no transcurre suave casi nunca. Desde que su actividad ciudadana se inicia con una probable deuda con la justicia a la edad de veinte años, hasta la disputa por la propiedad del Quijote apócrifo, su vida son continuos tropiezos. Desde que durante muchos años, tras su muerte, diez localidades se disputaban su patria chica, hasta sus eternas polémicas sobre su linaje o desarraigo.

¿Qué rasgos principales de la obra exteriorizan, a nuestro juicio, descubren o alumbran o bosquejan la personalidad del escritor? Desarrollo un principio inspirador, una hipótesis plausible, una tesis inequívoca: la subversión en don Quijote y en su creador como precepto, la indisciplina como norma, la insurrección como estética. ¿Y cuál es la nueva estética que conquista la personalidad de Cervantes y deja su impronta el *El Quijote*?

Hablemos de cuáles son, a mi juicio, las subversiones.

1. La identidad desbaratada

Don Quijote y Cervantes carecen de señas de identidad, de esos rasgos por los que identificamos a la mayoría de los individuos. Esa característica es también propia de los seres que viven, como el manchego, fuera de las exigencias de los ambientes, en el extrarradio de los tácitos principios que delimitan la convivencia. La obra y el autor subvierten los principios de identidad.

Identificamos a las personas por su nombre, por su ciudad, por su profesión y sólo añadimos su carácter si tenemos la ocasión de descubrirlo. Es fácil oír *Ésa es Ana, de Alicante, profesora de español, simpatiquísima*... y con cuatro pinceladas construimos las tres cuartas partes del patrimonio de identidad exigible, aunque a muchos les gustaría conocer el origen familiar con una frase del tipo *su padre fue notario* o, como en el caso de Quevedo, *pertenecía a una familia de la baja nobleza, que se había integrado en el alto funcionariado y en la servidumbre de palacio.*

ACTAS XL (AEPE). Rafael DEL MORAL. Cervantes en el «Quijote»
Centro Virtual Cervantes

¿Y qué diríamos del escritor español a la edad de cincuenta y siete años, en esta misma ciudad, que es el momento que nos interesa?

En cuanto a su nombre, parece dejar anclado al escritor si no fuera porque todos sabemos de qué manera mariposeó con su apellido Saavedra, que fue el que le adjudicó a su hija, y también el nubarrón sobre los apellidos de don Quijote, y las provocativas confusiones con el de la mujer de Sancho. Está claro. Se complace en la confusión de la identidad.

En cuanto a su origen ciudadano, conocemos que fue bautizado en Alcalá, criado en Valladolid y Sevilla, huido a Italia, peregrino por los mares, cautivo cinco años en Argelia, instalado de nuevo en Madrid, y luego, peregrino al azar, se instala en Esquivias, Toledo, donde vive con su mujer, Catalina Salazar, tres años, pero no echa raíces. Viajero por Andalucía, provisional en Sevilla, unos años en Madrid y de nuevo en Valladolid...¿De dónde es Miguel de Cervantes? Tiene tantos desarraigos que carece de ciudad. Lo dice claro cuando no quiere acordarse de la patria chica de Alonso Quesada, ni llevarlo a los lugares que han marcado la vida del autor.

Miguel abre los ojos de chiquillo al mundo en Valladolid, en esta ciudad que ahora nos acoge. Allí se ha trasladado su familia en busca de mejor acomodo, en busca del amparo y resguardo de la fortuna, una diosa que abandonará sistemáticamente a la familia y al escritor. El espectáculo que impregna las pupilas del niño Miguel es el de una ciudad poblada por unas cuarenta mil almas, vasto campamento de clima desagradable y húmedo donde, según cuentan, los cerdos se revuelcan en plena Corredera de San Pablo. Y junto a ellos, las iglesias de fachadas labradas, los palacios que, vigilantes, se instalan junto a la Plaza Mayor y que causaban ya la admiración de los visitantes, calles comerciales, tiendas de lujo, avalancha de negociantes, estudiantes, servidores, monjes, mendigos y esclavos que se apretujan intramuros en un movimiento sin tregua. En palabras de un viajero holandés, ciudad salpicada de "pícaros, putas, pleitos, polvos, piedras, puercos, perros, piojos y pulgas." Una moderna Babilonia, refugio de los jornaleros que eran los mejor pagados de España. En 1561, cuando ya la familia se había trasladado a Sevilla, Valladolid fue asolada por un incendio que destruyó sus casas de madera. En la reconstrucción recuperó un urbanismo moderno, hoy ya irreconocible. Con esa nueva ciudad se encontró Cervantes en su visita como cincuentón inmediatamente anterior a la publicación del Quijote: plaza mayor con quinientos pórticos y dos mil ventanas, calle de los orfebres bordeada de ricos bazares, nuevos palacios, nuevas iglesias, umbrosos paseos bordeando el Pisuerga. La ciudad era el símbolo mismo de la moderna prosperidad que albergaba a la corte. Pero Cervantes no es de aquí, ni de ninguna parte, ni siquiera de Sevilla que era por entonces, en la época de su tercera ciudad, lugar de encuentro de todos pícaros de altos y bajos vuelos, foco de atracción de cuantos huían de un trabajo honrado, ciudad decadente para el artesano y mediocre para la vida campesina, capital de la delincuencia y el crimen: mendigos lisiados o ciegos, vagabundos, fulleros, rufianes, bravucones, matones... Italiano después por huída tras el episodio de Antonio de Sigura, marino y soldado por oficio, argelino por cautiverio, madrileño

ACTAS XL (AEPE). Rafael DEL MORAL. Cervantes en el «Quijote»
Centro Virtual Cervantes

por bohemio y vagabundo, andaluz por profesión, vallisoletano por protección, y madrileño de nuevo, quien lo iba a decir, para la muerte. Cervantes no elige las ciudades. "No nací en un rincón de España, podría decir con Sócrates. Soy ciudadano del mundo." Ése es, precisamente, el que descubre al hombre de la Mancha como ciudadano universal, sea japonés o australiano, y esa era la intención de un hombre cosmopolita. He aquí su desbaratada patria chica. El perfil de ubicación de identidad, emerge subvertido.

Y qué diremos **en cuanto a su profesión** ¿Quién es la persona que va a publicar el *Quijote?* Lo expresamos de manera tajante y provocadora: nadie. No tiene empleo conocido y prefiere no recordar los que tuvo. Trasladémoslo al mundo moderno: ¿un jubilado? ¿un desempleado? ¿un marginado? Literariamente es mucho, aunque casi nadie lo sepa, socialmente no es nadie. Se ha refugiado, junto con su mujer, que ahora vuelve junto a él, y su hija natural, en la casa de sus hermanas. Probablemente necesita mendigar en la corte y junto a ellas, para procurarse el más elemental sustento. Así lo muestran las sucesivas dedicatorias de la primera parte de *El Quijote*, y también de la segunda, dedicada a un noble jovencísimo y ambicioso, el duque de Lerma, que tampoco le hizo mucho caso.

¿Podríamos añadir algo **en cuanto a su carácter**? Pues aquí no cabe la menor duda: una de las personalidades más atractivas y atrayentes que pudieron existir por entonces, e incluso ahora, pero muy poca gente se enteró de ello. Probablemente no tuvo la oportunidad de expresarlo, salvo en situaciones puntuales. Algo así le sucede a su caballero andante, y queda de manifiesto cuando observamos que no fue objeto de un solo aplauso entre sus contemporáneos, me refiero a los contemporáneos que a él le interesaba que lo aplaudieran. Sólo Cervantes elogia de vez en cuando a Cervantes. Cuando escribe aquellos versos que dicen *Yo, que siempre trabajo y me desvelo / por parecer que tengo de poeta / la gracia que no quiso darme el cielo...* Espera, vanidoso, que alguien alce la voz para decir lo contrario, pero ni siquiera ahora entre los lectores contemporáneos lo ensalzamos como poeta con convicción. Para sus contemporáneos el escritor manco fue un desconocido por muchas razones, pero entre ellas porque ni siquiera llegó a formar familia.

En cuanto a su linaje Miguel era hijo, en palabras de la época, de un "médico zurujano", oficio malquisto e impopular, una especie de barbero que apenas superaba en prestigio a un simple artesano. La casa reconstruida que visitamos en Alcalá de Henares nada tiene que ver con el verdadero origen humilde del novelista, literalmente un don nadie si tenemos en cuenta que desde la época de Carlos V se había difundido en España la manía del don, y Cervantes, que no lo tiene, despliega todas sus artes de estética literaria para concedérselo, no sin ironía, a su héroe. Y lo consigue. Hoy nadie se atreve a llamar al manchego Quijote a secas, sino con el don, don Quijote, sin el privilegio del que su propio autor carece, y a quien nombramos por su nombre, Miguel, o apellido a secas, Cervantes, a diferencia de don Francisco de Quevedo o don Luis de Góngora.

Hasta aquí la subversión de la identidad.

ACTAS XL (AEPE). Rafael DEL MORAL. Cervantes en el «Quijote»
Centro Virtual Cervantes

2. El aislamiento forzoso

Don Quijote, y también su autor, son seres aislados. Conviven con sus semejantes, pero sin sus semejantes. Una distancia, y también una frontera, los aísla, y los instala en su propio mundo. Subvierten, por tanto el principio de convivencia que une a las sociedades.

Héroe y escritor comparten el mismo desarraigo. Sólo don Quijote y sólo Miguel creen en sus profesiones de caballero y escritor. El cincuentón de la Mancha convence a Sancho y lo convierte en su amigo. Don Quijote será un hombre tan conocido como solitario, tan socialmente acompañado como íntimamente solo, tan estrafalario como digno, tan ilusionado sin ilusiones como derrotado sin derrota, tan solitario en su mundo como acompañado por su mejor amigo que, no siendo el más deseado, se ha convertido en el más complaciente. Sospecho que a poca gente, de los que Cervantes hubiera querido tener a su lado, le interesaba estar con él.

Era costumbre de los escritores del siglo de oro buscarse entre sus amigos poetas alabanzas y elogios para su libro. Cuando no los encontraban, como se decía de Lope, era el propio autor quien los escribía atribuyéndoselos a tal cardenal, conde o rey de las Indias. Cervantes no quiso recurrir a sus amistades. Aquello se lo reprocha más tarde Avellaneda. Le dice que no pudo encargar sonetos a sus amigos porque no le quedaba ninguno. ¿Son ciertas aquellas palabras? Recientemente el profesor Alfonso Martín Jiménez, de la Universidad de Valladolid, ha investigado sobre la autoría del *Quijote* apócrifo en su libro *El Quijote de Cervantes y el Quijote de Pasamonte.* Y atribuye el pseudónimo de Avellaneda, y por tanto la autoría del libro, a Jerónimo de Pasamonte, amigo de Miguel desde la época de Lepanto, y enemigo el resto de sus días. Eso explicaría que Ginés de Pasamonte, remedo de aquél, sea el único personaje de *El Quijote* que sale malparado, vilipendiado y tratado con desazón y rivalidad. Contrasta esta desidia con la bondad del bandolero histórico Roque Guinart, a quien tanta violencia se le atribuye, y que tan generosamente suaviza Cervantes.

Hablemos ahora de la compañía femenina. ¿Quién es la mujer que hay detrás de Cervantes, ésa que contribuye al equilibrio del gran artista? En el momento de la aparición del *Quijote,* como decíamos, Cervantes vive en un auténtico gineceo. Catalina está con él. Después de muchos años alejado de ella, la ha rescatado de Esquivias (Toledo) y para llevársela al domicilio familiar. Allí viven también sus tres hermanas: Magdalena, Andrea y Luisa. Y también su hija natural, Isabel de Saavedra; y a ella se añade una sobrina, Constanza. ¿Quién está detrás de Miguel? Probablemente nadie, aunque sí en su mente, y a distancia, la mujer idealizada, la que tan bellamente preside, también desde la ausencia, las páginas de *El Quijote.*

Retrocedemos unos años hasta 1584. Por entonces cumplía los 38. Este año es determinante en su futuro: conoce en enero a Ana Franca, mujer casada que sería meses después madre de su hija Isabel. Y en septiembre conoce a la joven Catalina

ACTAS XL (AEPE). Rafael DEL MORAL. Cervantes en el «Quijote»
Centro Virtual Cervantes

de Salazar, casi veinte años menor que él, y en diciembre se casa con ella. Y tres años después, como Alonso Quijano, Cervantes abandona a su esposa en Esquivias en busca de una vida errante. No es un adiós definitivo a Catalina, pero se parece mucho a una fuga, la de su héroe. Una nueva etapa comienza en su vida viajera y vagabunda que ha de durar casi quince años. Por su parte don Quijote conoció de joven a Aldonza Lorenzo, y luego no la vuelve a ver. Pero el caballero se luce en la distancia con sus amores con Dulcinea, y se estrella en la presencia, en situaciones como la de Dorotea. Es un casto enamorado, es un amante platónico, y no lucha por un fin junto a su amada, sino por la continuidad, por la retórica de las invocaciones. Dulcinea es una primera condición. Cuando don Quijote ve a Dorotea sentada a orillas de un río, vestida de hombre, cabellos rubios que de repente se desatan y caen undosos por el hombro, queda extasiado, suspendido. Unas páginas más allá Sancho le pide a su señor, que se case con Dorotea, puesto que es princesa, aunque sólo sea en la ficción dentro de la ficción. Pero don Quijote no rompe su fidelidad. Dorotea, Dulcinea, la inspiración en Melibea, en ese orden, con esa rima, son también las mujeres del escritor. Dorotea es, en esta voluntariosa interpretación, Ana Franca, ese amor impetuoso que le proporcionó la única descendencia. Dulcinea es Catalina de Salazar, a quien Cervantes mostró tanto amor como distanciamiento. Está con ella sin estarlo. Melibea es el ideal que se distribuye en las 39 o 40 o 41 mujeres del Quijote, según las contemos en presencia o referencias. Pero la conclusión, el resultado, es el aislamiento. Héroe y autor, caballero y artista tienen el mismo grado de consideración y probablemente de castidad.

El Quijote subvierte el concepto de compañía hacia una nueva percepción muy distante de convencionalismos.

Hasta aquí el aislamiento forzoso.

3. La frustración incesante

Don Quijote y su creador viven en continuo conflicto, en permanente fracaso. Sólo una especial manera de concebir el mundo le proporcionan el antídoto necesario para la subsistencia. La frustración no es una excepción en sus vidas, sino la norma. Subvierten, por tanto, el principio del progreso mediante el éxito.

Nos colocamos de nuevo en ese momento mágico de los 57 años cuando va a aparecer el *Quijote*. ¿Qué llevan don Quijote y su autor a las espaldas? El manchego se ha ocupado de su hacienda y ha leído en su refugio libros de caballería. En el distanciamiento de su triste familia (un ama y una sobrina de quienes sabemos muy poco), se refugia en los episodios de ficción, y un día cambia su hogar por aventuras. Poco conoceremos de su pasado, mejor olvidarlo. No es necesario conmemorar desengaños. En una nueva vida, debe pensar, tan vez encuentre mejor acomodo. Y como no existe, el manchego, fiel a sí mismo, se compromete a crearla.

ACTAS XL (AEPE). Rafael DEL MORAL. Cervantes en el «Quijote»
Centro Virtual Cervantes

Del pasado de Cervantes sabemos mucho más, pero de ninguno de sus conflictivos episodios aparecen lamentos en *El Quijote*. Cuando sólo cuenta veinte años resuena su primera frustración con el episodio de Antonio de Sigura. Durante mucho tiempo se mantuvo en secreto, a veces pretextando que pudo tratarse de un seudónimo, a veces relegándolo al silencio porque el documento judicial no decía mucho a favor del héroe literario. Pocos biógrafos ponen hoy en duda aquel triste incidente de juventud que empieza a condicionar su vida. De repente aparece en Roma, probablemente para huir de los diez años de destierro a que fue condenado.

Luego se suceden los desengaños. Fracasó como soldado por las heridas, como aspirante a un puesto en las Indias porque nadie confió en él, como recaudador porque acabó en la cárcel y como escritor porque dejó de serlo durante veinte años... o quizá podríamos aventurarnos a decir que empezó a serlo cuando ya nadie apostaba por él. Sin duda Cervantes, como Alonso, se valoraba más de lo que los otros lo hacían, incluso desde sus oficios de camarero o criado, de soldado, de cautivo, de recaudador o de desempleado...

Pero concentrémonos en su principal fracaso, el de escritor. *La Galatea*, su primera novela, publicada aquel mismo año de Ana Franca y Catalina Salazar, es una sucesión de microcosmos sentimentales ligados por un juego de equilibrios y contrastes, al hilo de una narración cuyo lento avance queda detenido periódicamente por amplios paréntesis. Y la historia se interrumpe sin que adivinemos cuál será la continuación de las aventuras. Personajes abstractos, digresiones, interminables parlamentos... Cervantes no da continuidad a su oficio probablemente porque pocos lectores le han dejado un hueco para hacerlo. Por eso poco tiempo después de su edición, nadie recuerda su obra.

Hastiado de los reveses de la fortuna y con 43 años, cansado de recorrer Andalucía en una mula y chocar con negativas, calumnias y hostilidades, y para no volver a casa con la cabeza gacha, y vivir a costa de una esposa o una hermana, presenta en Madrid un memorial dirigido al presidente del Consejo de Indias acompañado de una detallada hoja de servicios en la que solicita *sea servido de hacerle merced de un oficio en las Indias*. La respuesta es una nueva frustración, *busque por acá en qué se le haga merced*, que es algo así como decir *váyase usted a tomar viento*. Le quedan quince años de penalidades antes del *Quijote,* algunas envueltas en su desengaño como autor teatral.

Frisa los cincuenta años de edad cuando las cuentas de su gestión recaudatoria lo conducen a la cárcel. Probablemente allí se vio condenado a la promiscuidad de los dormitorios comunes, y a la magra pitanza de quienes no tenían con qué mejorar la comida. En ese ambiente es capaz de huir con lo que los psicólogos de hoy llaman la intervención paradójica: sólo lo contrario de lo que quiero decir puede expresar lo que siento. La idea es también romántica: don Quijote dado a luz en una cárcel de Sevilla.

ACTAS XL (AEPE). Rafael DEL MORAL. Cervantes en el «Quijote»
Centro Virtual Cervantes

En el verano quinto anterior al *Quijote*, Cervantes se despide de Andalucía. Acaban diez años de vagabundeo y adversidades. Ni siquiera tenía un oficio como su padre; con sus antecedentes no podía obtener favor alguno en la corte y para los negocios no tenía ni banca. Es decir, todo a punto para refugiarse en el acto de escribir unas cuantas páginas de la misma manera que Alonso Quijano se refugia en los libros de caballería.

El cincuentón decepcionado regresa a Madrid armado para inmortalizar su nombre. Pero él no lo sabe. Su triunfo está en que precisamente lo ignora. Consigue la gloria cuando ya no espera nada de la vida. Lo encontramos de nuevo en Valladolid en 1604, pero de esos cuatro años, probablemente de redacción, de creación, ignoramos casi todo. Andaba el verano de 1604 cuando por unos mil quinientos reales Francisco de Robles se convertía en adquisidor del manuscrito. El precio del volumen se fijó en doscientos noventa maravedíes. Y la segunda parte también será para Robles. Lo vendió en 1613. Parece ser que Cervantes se dirigió a su antiguo editor sólo como último recurso, después de haber mendigado con otros una cantidad mejor. La suma de mil seiscientos reales concedidos por Robles para esta segunda edición no tenía nada de escandalosa.

Cervantes podría haber escrito su diario, para desahogar sus ansiedades, pero él sabía escribir libros de ficción que se parecían a un diario. De haber tenido cuatro maravedíes no habría escrito el *Quijote*. Él quiere ser alguien, y cuando menos caminos le quedan, cuando más cerradas están las puertas, se abre la inesperada. También Quijano quería ser alguien y, por los métodos más insospechados, lo alcanza. Cervantes, tan vanidoso como humilde, sabe desaparecer en cuanto toma la pluma. Y muere Cervantes, y viven sus personajes.

Es la subversión del infortunio. No se refugia el escritor en llantos y sollozos, sino en un nuevo orden subvertido. Trueca el mal por la ironía, el desconsuelo por el sarcasmo, la memoria por el olvido, la vulgaridad por la elegancia, la racionalidad por la locura, la maldad por la bondad. Pero su éxito se trueca también en frustración. Cervantes sigue sin saber que es un gran escritor, y eso a pesar de que ahora, por fin, recupera el reconocimiento de sus editores.

4. La perspectiva distante

Don Quijote, y por ende Cervantes, se distancian del mundo con una perspectiva única, con un punto de vista tan invulnerable que se alzan como modestos dioses capaces de analizar la existencia con la más suave y agria de las visiones. Subvierten, por tanto, el principio de la perspectiva interna, aquel que nos obliga a observar la realidad desde donde estamos, sin capacidad para trasladarlos a un lugar imposible, a una punto distante de observación que nos permita contemplar el mundo con la indiferencia que muchos piensan que merece, con la indolencia que solo inspira a los grandes escritores.

ACTAS XL (AEPE). Rafael DEL MORAL. Cervantes en el «Quijote»
Centro Virtual Cervantes

Decía Ortega y Gasset que *no existe libro alguno cuyo poder de alusiones simbólicas al sentido universal de la vida sea tan grande, y, sin embargo, no existe libro alguno en el que hallemos menos anticipaciones, menos indicios para su propia interpretación.* ¿Por qué no son evidentes las interpretaciones como en tantas otras novelas?

La perspectiva de Cervantes, y eso es un mérito sublime, es una de las pocas capaces de huir de la patria chica, que no la tiene, de su país, del antiguo y del nuevo mundo, para colocarse, a modo de un dios provisional e insólito dominador del bien y del mal. Ese rasgo es, a mi juicio, el más concluyente de la personalidad del escritor, y no lo comparten ni su contemporáneo Lope, ni Quevedo, ni Góngora ni los demás. Precisamente para transferirle a don Quijote ese distanciamiento, tan difícil de captar, lo catapulta al vacío, allí donde no hay apoyos para la perspectiva en la pérdida de razón más singular que se ha ideado nunca. Ese modo de observar el mundo es, sin duda, el único que puede facilitar la redacción de una gran obra, y el único que puede proporcionarle inmunidad a su autor ante cualquier incómodo acontecimiento de la cotidianeidad.

Hasta que llega el momento clave, el decisivo, precisamente cuando el desempleado Miguel de Cervantes, colocado en una distancia del mundo que cualquier mortal envidiaría, ocupando el pedestal que lo autoriza a manejar con denuedo e intrepidez a sus criaturas, desengañado de todos y de todo y sin esperar nada de de nadie, tan irónico como serio, tan compasivo como exigente, tan libre como condicionado, tan grotesco como sublime, tan real como ilusorio escribe, relajado y sin prisas, desengañado y sin esperanzas, uno de los mejores libros del mundo y del tiempo. Sólo con ese distanciamiento consigue un humor infalible, humor que reside en reírse con la gente, no de ella, como suele ser habitual, por ejemplo, en Quevedo. Un humor reflexivo y silencioso con tal finura que nos deja atontados, embelesados, incapaces de responder. De esta manera eleva a todos sus lectores a una sola condición superior: los hace reyes absolutos de sus risas, de sus melancolías, de sus juicios. Nadie ha amado tanto a sus lectores como Cervantes, en la misma medida que nadie amaba tanto la lectura como don Quijote.

Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos. Y no digo más. Cervantes subvierte la perspectiva, la atomiza, la diviniza, la confunde.

Y concluimos. Una identidad desbaratada, un aislamiento social forzoso, y una frustración incesante, una perspectiva distante, excepcional. Ésos son, a mi juicio, los cuatro pilares de la personalidad del escritor que descubro en la lectura de su obra. Cervantes subvierte el orden establecido, quiebra las normas para crear un nuevo canon, el suyo. Esos cambios son propios del arte literario, pero también de otras disciplinas. El nuevo canon alumbra una nueva estética. Unos cincuenta años antes, el Lazarillo de Tormes había abierto camino hacia un nuevo modo de novelar, que tuvo su continuidad en *Guzmán de Alfarache* o *El Buscón*, entre otras muchas

ACTAS XL (AEPE). Rafael DEL MORAL. Cervantes en el «Quijote»
Centro Virtual Cervantes

novelas picarescas. Lo verdaderamente excepcional de la personalidad de Cervantes es que su nueva estética, tan imitable en aspectos parciales, es inimitable en su totalidad. Después de *El Quijote*, solo tenemos... *El Quijote*.

La interpretación más allá de los datos ha inspirado esta ponencia. No siempre son las justificaciones tan sólidas como pueden haber parecido enmascaradas en las palabras. La imagen del escritor nos la hacemos cada uno de los lectores, y ésta no es sino una de ellas.

¿Quién es entonces Miguel de Cervantes tras una lectura de *El Quijote* en busca de su personalidad? Es un escritor rebelde, insurrecto, subversivo con la estética. Subvierte, en primer lugar, sus señas de identidad. Su adscripción se mantiene permanentemente quebrada, hace aguas. Subvierte, en segundo lugar, el principio de integración ciudadana, el principio de convivencia. Es un hombre del mundo fuera del mundo, muy a pesar suyo, añadiremos. Con voluntad o sin ella vive aislado de la gente, en una burbuja inviolable que le facilita su pacífica observación. Subvierte, en tercer lugar, el principio de ascenso social mediante el éxito, porque es un hombre frustrado que se despide de la vida con una sonrisa triste y melancólica. Subvierte, por último, porque inventa un nuevo pódium de observación, el principio de la perspectiva inmersa, y logra situarse en un lugar único, tan distinto como distante, para observar el mundo. Esta última subversión es su principal privilegio. Sólo le faltaba, y lo hizo, dejar su testamento literario para perpetuarse por el orbe y por los tiempos desde su publicación hasta su cuarto centenario, y desde el cuarto centenario hasta la eternidad.

ACTAS XL (AEPE). Rafael DEL MORAL. Cervantes en el «Quijote»
Centro Virtual Cervantes